

Apoyada sobre la borda del paquebote con su mentón sobre la madera, la niña se chupaba los nudillos de sus manitas cruzadas. Sus ojos azules rondaban aquí y allá anonadados por la turbulencia del puerto. Hombres morochos y fornidos iban y venían agobiados por el peso de los bultos. Las grúas ruidosas alzaban sus cargas de la bodega a la dársena donde crecía una montaña de valijas, baúles y canastas.

La niña ya había reconocido el equipaje de la familia y no le quitaba la vista. Los van a robar los van a robar se decía cantando. Imaginaba que los hombres cargarían con ellos y huirían ¡Socorro!... ¡Socorro! gritaría y sería la heroína mimada de todos. Por una vez los adultos dejarían de lado a Débora, que sólo sabía chuparse el dedo, y mamá la sentaría en su falda, la besaría y le diría 'Niña hermosa' y cosas así.

Un oficial del barco le gritó a uno de los estibadores. El hombre se detuvo, sacó su pecho musculoso y sudado, se abultó los genitales en un puño y le espetó:

—¡Tomá pa' vo', gringo e' mierda!

Sara preguntó:

—Mamá ¿qué dijo?

—No sé. Vamos, Sara, ahí está tu papá. Nos está llamando.

Tenía un miedo terrible. Sara no quería abandonar el barco. Para ella era un castillo inexpugnable. Un lugar cálido y seguro. Como la casa de muñecas en la sala de juegos de la mansión de Londres donde vivió hasta que la calamidad los arrancó de raíz. El mar azul y el horizonte eran inmensos. Demasiado vastos, desconcertantes y temibles. En cambio, cuando caminaba por el barco, el pulso de los motores hacía trepidar las cubiertas y la vibración penetraba en su cuerpo a través de sus pies y se sentía parte de un todo indivisible que le devolvía la seguridad perdida.

Curioseaba tras los olores y los ruidos que emergían de las entrañas del vapor y salía en expedición a descubrir el origen del misterio. Sus botines abotonados no hacían ruido sobre las tablas calafateadas y caminaba con avisado disimulo por los pasillos en busca de la caverna de Alí Baba. Nunca dio con ella porque algún camarero la encontraba y la mandaba de vuelta. A veces de mal modo, a veces cargada en brazos. Otras haciéndola huir dando palmas y remedando monstruos. Sara corría chillando para abrazarse a la seguridad de la pollera de su mamá. Era un juego de miedo en un mundo seguro que ahora le quitaban. Quería protestar contra esta imposición aterradora, pero sabía que era inútil. Mamá la miraría con ojos glaciales y labios fruncidos y ella quedaría reducida al silencio y la humillación.

Los oficiales al pie de la planchada las despidieron con cortesía y le hicieron cosquillas a Débora. Sara coqueteó con ellos, y uno levantó la gorra y le deseó buena suerte con una pequeña reverencia. Ella le extendió la mano como la había visto hacer a su mamá y el oficial se la tomó y le besó la punta de los dedos.

—Adiós, señorita Sara —y los hombres rieron.

El ruido en el galpón de chapa era ensordecedor. Los pasajeros se agolpaban frente a las mesas donde tres o cuatro funcionarios desgastados revisaban sus pasaportes. A Sara comenzó a dolerle la cabeza. Quiso decírselo a su mamá pero ella estaba demasiado atenta a lo que sucedía y no le prestó atención.

El padre discutió largamente con un funcionario que lo miraba despectivamente. Al fin, luego de un gran final de garabatos y redobles de sellos, los dejaron pasar.

El señor que vino a recibirlos la levantó en brazos y la besuqueó.

—Me tenés que decir tío —le dijo.

Ella se refregó la cara con el dorso de la mano. No le gustaba su olor y sus bigotes la pincharon.

—Sara no hagas eso y saluda a tu tío.

Sara se sintió abochornada.

Mientras los dos hombres supervisaban la carga de los bultos, la mujer acomodó a sus hijas en los asientos duros del coche que había rentado su cuñado. Otra vez Sara trató de decirle que le dolía la cabeza, pero su mamá se impacientó con ella y Sara se sentó, entrompada, en un rincón.

Por fin partieron encaminándose hacia el sur por calles adoquinadas y desparejas. Sara miraba por la ventanilla que habían dejado abierta para ventilar el ambiente sofocante en el interior del vehículo.

Todo era bullicio febril en la ciudad. Un tumulto de gente de todos los pueblos y todas las razas fluían en un torrente incesante por las calles. Coloridas polleras paisanas asomaban entre los sobrios trajes masculinos. Damas con parasoles gesticulaban. Caballeros parsimoniosos hacían resonar las punteras de sus bastones en las baldosas de las veredas. Jóvenes de paso apurado sorteaban el tránsito. La ciudad rugía una disonancia de idiomas y dialectos ahogada por la pitada de un tren, el chirrido de los tranvías, y el mugido melancólico de las sirenas de los barcos. Los gritos de los vendedores ambulantes y las risas alborotadas de las criadas se ligaban con chanzas y reyertas vocingleras. Cascos y ruedas tronaban sobre el empedrado y los nuevos camiones Leyland hacían vibrar el suelo a su paso. Entre todo el clamor, los olores del Río de

la Plata, del Riachuelo, de los mercados, de bosta y de orina, y el tufo ácido de cuerpos desaseados.

Era el año del Centenario y por la gran boca del puerto pasaban los expatriados de todo el mundo. Buenos Aires era una ciudad iluminada por la ilusión donde la bulla del optimismo ahogaba el gemido de la pobreza. Pero Sara advertía sólo el ruido, los olores repulsivos y la jaqueca.

Cruzaron el Riachuelo y avanzaron por caminos barrocos rumbo a Quilmes. Oscurecía y los viajeros, irritados por el bandeo del coche en los baches del camino y fatigados por un día de embrollos, escuchaban en silencio el repique sordo de los cascos de los caballos en el lodo. A veces Sara la escudriñaba a su mamá en la penumbra y alcanzaba a ver su expresión altiva y su mirada perdida en la distancia. Mirándola supo que no era feliz.

Una sacudida del carruaje la hizo lanzar un quejido de dolor y Sara sintió la mano de su mamá sobre su mejilla.

—Ten paciencia, Sara. Ya vamos a llegar

Más tarde se mudaron a una casa de altos frente a Parque Lezama. A Sara no le gustaba la casa pero el parque era lindo. Débora era su compinche de travesuras y no era más una zonza porque no se chupaba el dedo y, además, la obedecía en todo. Lo que más les gustaba era rodar por la barranca. Se echaban las dos en el pasto sobre la ceja y se dejaban caer barranca abajo. Llegaban al fondo jadeando y mareadas. Luego corrían hasta la cima y se arrojaban de nuevo, una y otra vez, hasta que se agotaban o a Sara le dolía la cabeza. Tenían prohibido este juego porque su mamá lo consideraba peligroso e impropio de señoritas. Pero las dos preferían arriesgar su enojo que privarse del placer.

Al atardecer se sacudían el polvo de la ropa, se quitaban las briznas de pasto del pelo, y se restregaban los botines contra las pantorrillas. Camino a casa inventaban las mentiras que tenían que decir para evitar el castigo. Sara exageraba - “Me chocó un carro”- y nunca le creían, en cambio Débora, dotada de menos imaginación, solía convencer por la simpleza de sus excusas.

Llegar a casa siempre era motivo de ansiedad. A veces mamá estaba de buen humor y corría aquí y allá cumpliendo con los menesteres de la casa. Pero las más estaba ceñuda y enfrascada en un silencio malhumorado. Cuando su marido llegaba tarde sabía que se había demorado en alguna cantina y si llegaba ebrio lo recibía con severidad. Nunca discutía con él en presencia de sus hijas pero,

cuando Encarnación las llevaba a la cama, Sara y Débora escuchaban su voz dura y tajante reprendiéndolo. Él le temía y raramente levantaba la voz. Algunas veces lo escuchaban defenderse de las recriminaciones de su mujer pero siempre hablaba con un tono lastimoso y plañidero.

Sara sentía lástima por su papá y hubiese deseado que la madre no fuese tan dura con él, pero, a la vez, creía que recibía su merecido. Débora escuchaba sin decir nada.

Un día la mamá las mandó al parque con Encarnación. Toda la tarde estuvieron sentadas en un banco. Encarnación estaba seria y silenciosa y Sara la miraba con aprensión. Sabía que algo malo ocurría pero no se atrevió a preguntar.

Cuando volvieron la mamá no estaba y Sara supo por el extraño silencio que ya no volvería. Débora se encaramó sobre la falda de Encarnación y se fue a dormir con el dedo en la boca, pero Sara se tiró en su cama con los ojos cerrados aguantando sin quejas la súbita jaqueca que la abatió.

El papá llegó tarde cuando ya las niñas estaban dormidas. Sara despertó de una pesadilla escuchando voces. No era su mamá sino Encarnación que imploraba “No, señor, por favor, suélteme, lo van a oír las nenas”.

Después que la mamá se fue Encarnación armó un catre en el mismo cuarto con Sara y Débora. Cuando Sara se despertaba sobresaltada miraba hacia el catre donde Encarnación dormía y el bulto de la mulata bajo las cobijas la reaseguraba.

La vida se hizo apacible después de la partida de la mamá. El canto alegre de Encarnación conjuraba los espectros que invocaban los silencios y la comida sabrosa, que completaba con alguna golosina, llenaba la ausencia de la madre con una desacostumbrada dulzura.

La mamá instaló una pensión para señores extranjeros sin familia en la calle Montes de Oca y, a veces, Encarnación vestía a las niñas y las llevaba a visitarla. La mamá las recibía con un beso y les servía té con scones y tortas pero Sara y Débora, sentadas lado a lado en un sofá, no podían superar el muro de su silencio. La mujer miraba a sus hijas como a extrañas y sólo hablaba con ellas para preguntarles si Encarnación las cuidaba bien.

Sara quería contarle de sus jaquecas y cómo Encarnación la hacía acostar en la oscuridad de su dormitorio con paños húmedos en la cabeza pero temía la impaciencia de su mamá. Sara la admiraba. La creía hermosa, distinguida e inteligente y no hacía nada que pudiese irritarla. Tenía miedo que las echara de su casa y que no la verían nunca más.

Cuando la mamá murió poco después, Sara recibió la noticia como una merecida sanción final.

3

Eulogia había despejado la mesa donde Sara y Débora y las otras cuatro pupilas habían tomado el té. Sara escribía afanosamente. No debo alborotar la clase. No debo alborotar la clase. No debo alborotar la clase...quinientas veces y con buena letra.

Mrs. Cassell estaba sentada frente al fuego en la penumbra invernal gastando en gin lo que ahorraba en luz. La cara angosta, la nariz larga y una expresión severa mitigada por una mirada alerta y vivaz y el pelo entrecano apilado desordenadamente sobre la cabeza le daban un aire gótico que intimidaba a sus pupilas. Sus manos angostas y largas de venas prominentes tenían los dedos crispados por una oscura tensión interna que sosegaba con la bebida.

Alguna vez hubo un Mr. Cassell pero había muerto muchos años antes. Sara estaba convencida de que Mrs. Cassell bebía para olvidar la pena de su desaparición.

—Estás loca —le dijo Débora.

— ¿Ah sí? ¿Y entonces por qué se emborracha?

—Porque le gusta.

Y se encerró en el baño, único refugio donde podía estar a salvo tanto de Mrs. Cassell como de su hermana mandona.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

